

Mara Torres



La vida imaginaria

*Finalista Premio Planeta
2012*

 Planeta

*A quienes forman parte de mi doble vida:
la real y la imaginaria*

*Se rompió la cadena que ataba el reloj a las horas.
Se paró el aguacero, ahora somos, flotando, dos gotas.
Agarrado un momento a la cola del viento me siento mejor.
Me olvidé de poner en el suelo los pies y me siento mejor.
Volar, volar.*

Dulce introducción al caos, EXTREMODOURO

PARTE 1

—

SI_NO_ES_AHORA_CUÁNDO

LA VIDA

La vida es una mierda. Que yo no digo siempre, digo ahora. Que yo no digo que la vida sea una mierda desde que nací, yo digo estos días, estas semanas, estos meses. Éstos en los que abro la ventana por las mañanas y me da igual si el pruno que hay enfrente está florido o se ha podrido. Estos meses que no tienen color, que ni siquiera son en blanco y negro, sino que son planos. Como las hojas del calendario, como las mañanas en el curro, como las tardes en las que me tiro en este sofá y miro atentamente la pared hasta que todo está emborronado y tengo que parpadear porque se me ha nublado la vista.

Yo nunca pienso si_no_es_ahora_cuándo / si_no_eres_tú_quién, como me dijiste tú aquel día. Nunca lo pienso. A mí lo que me gusta imaginar es que un día nos encontramos en una ciudad cualquiera, en una ciudad en la que no vivimos. Tendría que ser una ciudad del extranjero donde no existie-

ra ni una sola posibilidad de encontrarte, donde no te esperara ni tú me esperaras a mí, aunque ya sé que esto último tendría más lógica porque hace bastante tiempo que tú no me esperas... ¡Joder! Ya estoy dramatizando. Paso de dramatizar. Estábamos en una ciudad donde encontrarnos.

Tendría que hacer frío. París valdría, por ejemplo. Sí, París estaría bien.

Hace frío, yo voy con gorro porque con el pelo corto se me enfrían las orejas. Llevo el gorro de punto que me ha hecho mi abuela para este invierno. Me sale un poco el pelo por la frente y, como ya me va creciendo, también se me escapa alrededor del cuello. Voy con vaqueros y unas botas altas que me llegan hasta las rodillas. Las botas son de cuero, esas que me compré cuando fui contigo a aquel concierto de Bilbao y yo llevaba sandalias y cuando dijeron en la radio que en el norte iba a llover, te hice dar la vuelta con el coche y volver al centro porque quería comprarme unas botas. Y como me parecieron tan chulas salí de la zapatería con ellas puestas haciendo el ridículo, porque aquí hacía un calor de aúpa y en Bilbao resulta que también. Veintidós grados. Y encima, como no tenía calcetines, me dejé puestas las bolsitas de plástico que te dan para calzártelas y se me achicharraron los pies. Pero no importa, ése no es el tema. Desde entonces han pasado seis meses y las botas ahora parecen viejas, aunque se ve que son

buenas. Viejas pero buenas. En París no puedes llevar cualquier cosa. A París tienes que ir bien. Así que el día de nuestro encuentro yo tendría que llevar esas botas de cuero y el abrigo verde que me echaron los Reyes. Qué curioso, ahora que me he puesto el abrigo verde me veo con el pelo largo, y hace un momento me lo veía corto. Pero siempre con el gorro de mi abuela. Se ve que imaginar es gratis, o se ve que ha pasado el tiempo, o se ve que me estoy imaginando que nos encontramos en París dentro de muchos meses, quizá años.

—¡Hola!

—¡Coño! ¿Qué haces tú aquí?... ¡Hola! —Me das un abrazo.

No, no, espera, no puede ser tan sencillo, no puede ser que nos encontremos de golpe en una ciudad inesperada y sólo se me ocurra decir «¡Hola!». No, no, no. Además, tú nunca dirías «¡Coño!», ese taco no lo usas. Voy a centrarme. Primero voy a situarme. En realidad, me gustaría mucho más que nos encontráramos en Nueva York. Sí, ¿por qué no? Nueva York es mucho mejor y, además, hemos estado allí juntos. Sería mucho más de puta madre la historia si nos encontrásemos en una ciudad en la que hemos estado juntos, porque quizá los dos pensaríamos que encontrarnos allí *no es precisamente una casualidad*.

Todo lo que he escrito antes vale también para Nueva York, aunque en Nueva York también llevaría

unas gafas de sol porque allí todo el mundo va con gafas aunque no haga sol. Así que hemos quedado en que iría con el pelo largo, gorro y gafas de sol. Continúo.

No pienso en cómo irías tú vestido. Se ve que me da igual.

En Nueva York podríamos coincidir en los alrededores de Central Park. Es domingo, yo estoy allí por algo profesional, igual que tú, pero como es nuestro día libre no tenemos nada que hacer. Ahora tengo que buscar bien mi excusa de trabajo, porque es fácil que tú estés allí con algún proyecto del estudio de arquitectura, pero ¿yo? ¿Qué diablos hago yo en Nueva York? Bueno, no importa, ya lo pensaré. Ahora voy a centrarme en el encuentro.

Entro en un deli a comprar un café y algo de desayunar y, cuando estoy saliendo con la bolsa de papel marrón, nos encontramos:

—¡Anda! Pero bueno... Pero ¿qué haces tú aquí?

Nos damos un beso y un abrazo. El abrazo es largo. Estamos un ratito así, abrazándonos con los cuerpos muy juntos, tú tan delgado y yo tan pequeña, tú abarcándome con los brazos por la espalda y escondiendo la cara en mi cuello. Yo te huelo. Hueles como siempre. Hueles como siempre. Hueles como siempre. Basta.

—La persona que menos esperaría encontrar —me dices.

—¡Joder, y yo!

—¿Qué haces aquí?

—He venido porque tenía que dar una conferencia en un congreso de filólogos que organizaba el Cervantes. Llevo en la ciudad una semana, pero ya hemos terminado.

—¡Qué casualidad! —dices pensando que *no es precisamente una casualidad*—. Yo he venido porque tenía un proyecto para un cliente y, al final, entre unas cosas y otras, nos han dado las mil todos los días. Ha sido una auténtica locura, porque estos neoyorquinos están muy locos, Nata... Menos mal que nosotros también hemos terminado. Oye, ¿cuándo sale tu avión?

—Mañana por la mañana, ¿y el tuyo?

—También mañana. Y... —Sacas un cigarro, te lo enciendes, echas el humo, sonríes y me preguntas—: ¿Has quedado con alguien o nos tomamos juntos un café?

Se nota claramente que estoy imaginando, porque yo nunca iría a una conferencia de filólogos en Nueva York, tendrían que cambiar mucho las cosas en mi vida, la verdad. Para empezar, tendría que ser filóloga y no publicista. Y tendría que dar conferencias por el mundo y no currar en una agencia de Madrid. Y, además, tú nunca serías el que dirías que si me tomo un café contigo; incluso creo que, si esto ocurriera de verdad, tú harías como que no me ha-

bías visto, y si fuera inevitable, si por ejemplo nos chocáramos de frente, te inventarías cualquier excusa para no quedarte conmigo, por lo menos ahora que no eres capaz de contestar a una sola llamada y que no se te ha ocurrido marcar mi número ni siquiera una vez para preguntarme cómo estoy. Pero bueno, joder, la imaginación es libre, puedo pensar lo que quiera, como si quiero pensar que en ese preciso momento sueltas la bolsa de papel llena de cruasanes, te pones de rodillas, me dices que soy el amor de tu vida y somos felices y comemos perdices. Si quisiera podría imaginarlo, pero, ¡joder!, vamos a ser un poco realistas: nos hemos encontrado en Nueva York y nos hemos ido los dos con el desayuno a sentarnos en el césped de Central Park.

Resulta que tengo un cumpleaños y no puedo seguir, se me ha echado la hora encima. Así que cierro el ordenador por hoy, voy a pegarme una ducha y a vestirme y me voy a ir. Y mañana si me apetece sigo con la historia y si no, no sigo. Adiós.

REINSERCIÓN SOCIAL

Nada más llegar me he dado cuenta de que, aunque intente disimularlo, llevo escrita en la frente la palabra «Reinsertada». He sido la única que se ha presentado con tacones porque Rita y Carlota iban con sus plataformas y sus zapatillas de deporte. Me han dicho que ya no es como antes (antes de ti, he querido entender) y que ahora, cuanto más tirada vayas, mejor vas. Les he dicho que podrían haberme avisado y así no me habría tirado toda la tarde pensando qué me ponía, y me han dicho que sí, que podrían haberme avisado, pero que bueno, que no pasa nada. Les he dicho que sí, que no pasa nada, que sólo se me nota a la legua que estoy fuera de lugar.

Enseguida se me ha olvidado el asunto de los zapatos porque nos hemos puesto a comer, a beber y a reír, y cuando ya teníamos todo el rímel corrido nos hemos pirado a El Garaje, un local que está dentro de un aparcamiento cerca de la Gran Vía, en la pla-

za de los Mostenses. Un sitio al que mis amigas, además de los sábados, van los jueves por la noche hasta que llega la hora de empalmar para irse a currar. Un garito que se llama El Garaje justamente por eso, porque está dentro de un garaje. A veces lo pronuncian como en francés: *Le garage*, con una che suave al final. «Vamos a *Le garachss*», dicen. No sé por qué lo pronuncian así, se lo he preguntado y me han respondido que ellas tampoco lo saben, que van alternando «El Garaje» con «*Le garachss*» sin argumentos.

—Y espera a oír cómo lo pronuncia Carlota —ha dicho Rita—. Dilo tú, Carlota.

—*Le gareis*. Vamos a *Le gareis*.

Nos hemos partido de risa y hemos entrado sin pagar porque conocen al dueño.

Me lo he pasado bastante mal. Carlota y Rita se han desperdigado a brincos en medio de la gente en cuanto han entrado y yo me he quedado sola en la barra, y como no sabía qué hacer me he pedido una copa y he empezado a mover un poco los hombros al ritmo de la música para que no se me notara que estaba colgada. He metido la mano en el bolsillo del pantalón porque me ha parecido que el movimiento se me daba mejor. Al ratito, han venido mis amigas: «Nata, tía, ¿estás bien?» Y yo: «¿Qué pasa? ¿Que no se me nota? ¿Que no se me nota que estoy hecha un trapo porque mi novio me ha dejado y tengo que volver a salir a estos sitios infames porque no me de-

jáis quedarme en casa, que es donde yo quiero estar, metida en la cama llorando hasta quedarme ronca?» Pensaba eso, pero les he dicho: «Sí, tías, no os preocupéis por mí, estoy bien, es que quiero estar un rato aquí sola.» Cuando se iban otra vez a la pista, Rita se ha dado la vuelta y me ha hecho un gesto que al principio no he entendido. «¡Que te saques la mano del bolsillo, que queda fatal!», ha gritado. «Ah, gracias... Perdón.» Y me la he sacado. Ella me ha guiñado un ojo y me ha sonreído. Yo a ella también. Sé que le doy pena y en el fondo yo también me doy pena, porque en estos tres años han cambiado mucho las cosas y yo no me he enterado de nada.

Por ejemplo, antes las canciones tenían letra. Que yo nunca me las he sabido, porque eran en inglés y siempre me las he inventado, pero por lo menos me sonaban. Ahora ni eso. Y no entiendo que la gente diga emocionada: «Vamos a este sitio, que pinchan de puta madre», y que las canciones sean sin letra, ni en inglés, ni en español, ni en arameo. Y lo que más me flipa: ¡se las saben! La gente se las sabe. La gente baila al compás y, cuando el *dj* hace una pausa y levanta la mano como mandando callar, todo el mundo se queda en silencio con su copa en alto sudoroteando y manteniendo la respiración. De repente, el *dj* baja la mano para volver a pinchar, pasa medio segundo, porque es medio segundo, que no han podido oír ni una sola nota musical porque

no ha dado tiempo, y ya están todos berreando: «Te-maaaaaaaazooooooooo», y se ponen a saltar moviendo la cabeza de un lado para otro y me jode. Me jode darme cuenta de que ya entiendo por qué nadie va con tacones, me jode no saber mover la cabeza como ellos y ver cómo bailan esa música sin letra porque yo también quiero. Quiero ser como toda esa gente que está superfeliz un sábado por la noche porque no tienen un Alberto en sus vidas. Mejor dicho, porque no tienen una «ausencia de Alberto» en sus vidas. Porque ninguno de los que están ahí bailoteando y dándose picos en la boca parece amargado y yo sí, y me quiero ir a casa. Porque todos tienen su vida y yo sólo tenía la suya: su casa, sus amigos, sus canciones, sus películas, sus restaurantes, sus vacaciones, su pueblo. Su, su. ¡Su! Qué palabra tan rara. Sola no dice nada. Como yo. Antes yo también era una «su» y ahora ya no soy nada. Así que he agachado las orejas, he dejado la copa en la barra y me he venido a casa.

Y ya casi no me acuerdo del viaje a Nueva York, porque ésa es la putada de imaginarte cosas, que como te despistes un momento luego ya no te vienen a la cabeza.

Creo que me voy a dormir. Mañana es domingo y, como todos los domingos desde que te fuiste, tampoco tengo nada que hacer.

OTRO DOMINGO DE MIERDA

Ha pasado un mes desde la última vez que escribí y hay dos posibilidades: que mi vida sea realmente una mierda o que cada vez que escribo sea porque estoy deprimida. Aunque, a ver, que mi vida tampoco está tan mal, paso de torturarme, pero, claro, he de reconocer que cada vez que he abierto el ordenador en estos últimos meses ha sido para escribir cosas tristes y eso que, según la psicóloga, ya estoy curada, y como estoy curada, me ha echado literalmente de la consulta. Yo insistí:

—Entonces ¿cuándo tengo que volver?

—No tienes que volver, Nata. Tú me dijiste que sólo venías para curarte de tu separación de Alberto, y yo te lo confirmo: estás curada. Hemos terminado la terapia. Creo que eres lo suficientemente sensata como para estar segura de que no vas a querer estar con él. Primero, porque hay muy pocas posibilidades de que él vuelva a ti. Y segundo, porque

tú tampoco vas a tener ganas de volver con Alberto nunca más.

Así que me despedí, le di las gracias y me marché. Y nada más salir, te envié un sms: *«Beto, sólo te escribo para decirte que ya he terminado la terapia porque ya estoy curada de ti. Besos.»* No me has contestado.

Y entonces he pensado que si soy capaz de enviarte un mensaje cuando todavía no he terminado de bajar la escalera del portal de la consulta; si soy capaz de volver a escribirte cuando no me has contestado a ninguno de los mensajes que te he escrito desde que nos hemos separado; si soy capaz de seguir pensando en ti cuando en estos tres meses no has tenido un momento para preguntarme qué tal estoy, por lo menos para ver si sigo viva o me he cortado las venas; y si soy capaz de tenerte en la cabeza a pesar de todo, a lo mejor de lo único de lo que realmente estoy segura es de que NO estoy curada. Me parece que he tirado el dinero en la terapia. Genial.

«Porque hay muy pocas posibilidades de que él vuelva a ti», ha dicho la terapeuta. Y encima ha dicho «Primero». «Primero, porque hay muy pocas posibilidades de que él vuelva a ti.» Me lo ha soltado mirándome a los ojos y sin parpadear. Sin oportunidad de réplica, sin que yo haya podido decirle: «¿Y tú qué sabes?»

Porque ella qué sabe. No te conoce. Por mucho que en las sesiones yo le haya contado cosas de ti,

nunca te ha visto, no sabe cómo eres, ni cómo éramos, ni sabe cuánto nos hemos querido. Ella no te vio el día que me dijiste que teníamos que hablar, porque tenías que decirme algo muy importante. Ella no vio cómo llorabas, cómo te abrazabas a mí bajo la lluvia y me decías que me amabas como nunca habías amado a nadie y que, justo por eso, tenías que dejarme, porque nos estábamos haciendo daño, porque era insostenible, porque ya solamente discutíamos, porque estábamos muy lejos del principio, muy lejos de temblar el uno por el otro, de sentir que el mundo era nuestro, que era de los dos. Ella no escuchó las dudas que tenías: «Si no es ahora..., si no eres tú...» No te oyó decir lo de «por un tiempo». Ni te oyó llamarme «amor».

—Amor, es sólo por un tiempo. Si nos separamos nos estamos dando la oportunidad de echarnos de menos, de saber qué queremos en la vida.

«Amor», me dijiste. Amor.